

LA INVENCIÓN DEL NUEVO MUNDO

Rogelio Tobón Franco

Universidad de Antioquia, Colombia

El "Nuevo Mundo" fue descubierto por Cristóbal Colón. A nosotros nos corresponde inventarlo.

Conviene diferenciar entre "descubrir" e "inventar". "Descubrir" significa: traer a luz lo que **previamente** estaba ahí, aunque oculto". "Inventar" es también "traer a luz" pero no con relación a algo que existía de antemano, sino con aquello que ha sido transformado y hecho posible gracias a la intervención de una fuerza esencialmente humana, a saber: la **ficción**. Es así como se posibilita todo acto verdaderamente creativo.

Investigar implica descubrir y esto es, claro está, más complicado que el simple acto de reproducir. Sin embargo, la investigación no se agota en el descubrimiento. Por el contrario, encuentra su manifestación suprema en la invención. Esta sería la fórmula: cuando se inventa no solamente se descubre. Toda invención exige forzosamente un acto de ficción. Por su parte, la ficción no constituye algo irreal en el sentido de que permanezca reducida a la imaginación, esto es, dentro de un mundo puramente quimérico como en el caso del Centauro o de otras figuras míticas, monstruosas y bellas a la vez.

Sabemos de sobra que estamos rodeados por innumerables inventos. **Los inventos son, en rigor, productos de la invención gracias a la ficción**. No obstante, los inventos son tan reales como las otras cosas que simplemente están ahí o han sido objeto de un descubrimiento particular. Un avión, por ejemplo, es un invento: es el producto de una ficción. También lo es un reloj o cualquier otra manifestación real de lo que suele denominarse "técnica". Podríamos incluso llegar a afirmar, en sentido estricto, que los distintos sistemas de moral, de política o de religión que surgen en la historia tienen también el carácter de invenciones. En general, todo aquello que aparece por vía distinta de la simple evolución natural, constituye un invento.

A los niños, o a los adultos, "se les descubre" con frecuencia en sus mentiras pero, las mentiras por sí mismas no son más que inventos. Con razón decimos a veces en tono triste o enojado: "Son puras mentiras... no son más que invenciones". O quizás: "locuras de su imaginación",

“fantasmagóricas”. Parece ser que entre verdad y mentira sea esta última la que sale perdiendo cuando se les compara. Esto debido a la herencia milenaria de un maniqueísmo que juzga la verdad como buena y la mentira como mala y que, además, las considera absolutamente separadas la una de la otra. De los mentirosos se ha desconfiado siempre por parte de la verdad establecida, la oficial, la de todos los días. A ciertas verdades estamos ya acostumbrados y constituyen una especie de lugar tranquilo o de fortaleza, al menos con relación a una minoría. Recordemos cómo para seguridad de la República Ideal soñada por Platón fueron excluidos los poetas. En efecto, la poesía no es posible sin la ficción, sin una gran capacidad para trascender lo que está ahí. Ahora bien, nada se trasciende si nos quedamos satisfechos con la simple ecuación “intelecto-realidad”... si negamos nuestra inmensa capacidad de mentir. La cultura griega (u otras) que tanto admiramos es el producto histórico de una gran mentira: los griegos se creían dioses. Y toda su mitología que hoy a lo sumo nos entretiene, constituía para ellos la fuente de sus más vitales energías. Con el mundo de la ficción ocurre esto: no simplemente somos lo que somos, sino ante todo, lo que creemos ser.

Las verdades, por su parte, también son objetos de invención, aunque algunas se establecen solamente por vía del descubrimiento. Estas serían las verdades más “puras”. Obedecen a la lógica simple de la adecuación entre razón y realidad. Adecuación que, por supuesto, es compleja y arriesgada, sujeta a traducciones, metáforas y eventuales deformaciones. No se trata de una adecuación perfecta, ni tampoco infalible. No obstante, la verdad como descubrimiento tal vez sea menos difícil que la verdad como invención. El problema comienza por el objeto mismo: inventar qué ? pues los objetos inventados existen no por fuerza de un determinismo natural. Su poética, su posibilidad creadora es otra. Tampoco podemos decir que existen por un determinismo histórico sin más. Con ello no se niega que los inventos estén sujetos a leyes. Por el contrario: obedecen a múltiples condiciones determinantes irreductibles a una mirada empírica y simplista.

Si el concepto de invención no se explica dentro de lo que suele denominarse el mundo natural, es necesario remitirnos al ámbito del mundo cultural. De una manera muy intuitiva comprendemos lo que es la cultura toda en sus múltiples sentidos. La naturaleza no es la cultura, ya que ésta constituye un producto específicamente humano. De la relación dialéctica entre el hombre y la naturaleza se genera lo que denominamos “lo cultural” que implica una dimensión histórica. Aquello que no haya sido intervenido por la mano o el cerebro humanos, por el trabajo pensante del hombre, no se designaría con el adjetivo “cultural”. Allí en cambio, donde interviene el hombre con su trabajo, cualquiera que sea su forma, hay cultura. Una montaña o un río se convierten en objetos culturales

cuando el hombre los ha "domesticado", por así decirlo. Un fenómeno cultural consiste, pues, en la objetivación lograda a través del trabajo humano. De una parte, la naturaleza; de otra, el trabajo humano que la transforma. No basta hablar de "producción" a secas, pues también los otros animales producen. Sin embargo, no nos referimos a su actividad, ciertamente útil, con el nombre de cultura. Los objetos culturales son el lugar, o mejor, el encuentro de la naturaleza y del pensamiento gracias al trabajo que es el operador de la síntesis.

Hablar de lo humano es también hablar del pensamiento, esto es, de esa propiedad singular del cerebro, a saber: su potencia simbolizadora. Este **poder de simbolización** que trasciende los modos de representación sencillos e inmediatos hasta llegar a formulaciones abstractas y complejas, se manifiesta bajo diversas formas. Una de ellas, el lenguaje articulado en sonidos o en graffas. Y no es que los animales carezcan de inteligencia o de capacidad de representación. Solamente un antropocentrismo patológico, una tendencia arrogante y desmesurada a la idealización explica por qué se les niega a las demás especies vivientes algunos atributos que nos son comunes con ellas o cuyas diferencias son solo de grado. Si bien es cierto que esas diferencias pueden ser suficientemente significativas, no por ello nada de lo animal nos es ajeno, aunque tengamos características que nos son propias. Es este alto grado de simbolización lo que nos autoriza para hablar de lo humano. Los demás seres pertenecientes a la esfera biológica poseen sus sistemas de representación, de dignificación y de comunicación, pero dentro de unos umbrales o límites específicos, que solo nosotros estamos en condiciones de sobrepasar. El ojo del águila es cien veces más potente que el ojo humano, pero con el invento del microscopio nuestra visión aumenta cientos de miles de veces. Los animales pueden (y tienen necesidad de) significar, aunque lo hacen mediante procesos y grados diferentes. Estas diferencias son decisivas. El pensamiento traspasa las fronteras del espacio, del tiempo y de las propiedades inmediatas de los objetos. Construye herramientas, crea arte, inventa mundos imaginarios, dioses semidioses y demonios. Es capaz de fechar los acontecimientos con medios semiológicos diversos, sobre todo con el lenguaje. Construye además, sistemas de teorías capaces de explicar las leyes que rigen el universo natural e histórico. No por la magnificencia de este poder pensante hay que atribuirle unos orígenes metafísicos, como es costumbre hacerlo. El pensamiento es algo más que lo simplemente natural, pero no es por ello "sobrenatural". Al contrario, la alta cualificación del cerebro humano no es algo ajeno a un proceso filogenético complejo cuyas leyes evolutivas se explican cada vez mejor. En rigor, cuando se habla de la diferencia entre naturaleza y pensamiento, se está hablando de la naturaleza humana (que posee la propiedad del pensamiento) con relación a las demás formas de la naturaleza.

Eso es el universo humano: un universo construído, significativo en alto grado. Lo cultural es posible gracias a la aparición y a la actuación del pensamiento. La cultura constituye el hábitat propio de los seres humanos, su elemento, la condición de su devenir. La nueva forma de la evolución bajo su posibilidad humana está **condenada** (en el buen sentido del término) a construir su propio destino, a crear las formas de su historicidad, mientras el resto de las fuerzas naturales así se lo permita. El surgimiento de lo cultural marca, ciertamente, una discontinuidad, pero no un defecto, ni mucho menos una desgracia. La cultura entonces no es un atavío, es la condición misma de la existencia humana. Y no se dá sin el hombre, así como éste no se dá sino dentro de la cultura. Si lo humano implica en sí mismo lo cultural, no existe grupo social alguno sin cultura. Lo único que puede existir son diferencias entre los grupos, variedades en la forma de construir su mundo, presencias o ausencias de ciertos valores en unos pueblos con relación a otros. Ninguna cultura entonces tendría por qué erigirse en modelo absoluto o en prototipo con relación a otras, a no ser por motivos de dominación, pero no porque un grupo humano cualquiera carezca de cultura propia.

Hemos dicho que la cultura no es solamente un producto del espíritu humano, sino que también requiere de la naturaleza, pero sobrepasándola en el sentido de no quedarse reducido a ella. Hay más de un discurso que nos señala cómo la naturaleza es negada o sacrificada a través de la cultura. Más de una teoría entiende el proceso educativo y socializador como una negación de las fuerzas y tendencias naturales. Es más, ciertas teorías de la cultura han llegado a afirmar que ésta solo es posible gracias a la represión de lo natural. Ocurre esto con relación a los compartimientos que, ciertamente, también están mediatizados por la cultura. Los instintos no se podrían ejercer sino bajo ciertos controles que se tornan enemigos de esa fuerza salvaje y pura que originalmente determina la vida. Lo que quizás admitimos con relación a los objetos culturales, no lo admitiríamos con relación a los comportamientos. Así, en una herramienta cualquiera, en cualquier objeto inventado, llámese embarcación, vestido o pintura, el trabajo pensante, la transformación de lo natural está presente y operante y se reconoce de buena gana dicha transfiguración de lo natural. Se trata de un objeto cultural y está bien que así lo sea. En cambio no se designa con igual benevolencia a un comportamiento "cultural" porque se supone que solo ha sido posible a un alto precio: la represión. Sin embargo, pensamos que la represión no es algo constitutivo de lo cultural sino de ciertas formas, históricamente dadas, de lo cultural. El trabajo es siempre trabajo con los otros. Los objetos o comportamientos culturales son necesariamente un producto social. En tanto la cultura se manifiesta como un conjunto articulado de prácticas socialmente diferenciadas, jerarquizadas y controladas por

estructuras de poder, por sistemas políticos históricamente contruídos, los objetos y comportamientos no son ajenos a leyes de apropiación. La lógica y la economía de ciertos sistemas de poder imponen sus mecanismos de control, de selección y de exclusión no solamente con relación a los comportamientos sino también a los objetos. Así, no todos los miembros de una sociedad podrán disfrutar de los valores culturales o ejercer determinados comportamientos. La represión es entonces un mecanismo del poder que se genera en determinadas formas y grados. Lo represivo no se dá por el hecho de existir lo cultural, sino por ciertas formas de lo cultural. En la medida en que estas manifestaciones de la cultura son dialécticas y no metafísicas, son superables. Pero no por esta superación, el hombre volverá a su estado puramente natural. La práctica política, sean cuales fueren sus estructuras, es y seguirá siendo una práctica cultural, una parte de la cultura, como lo serían el arte, la economía, o cualquier otra.

Destaquemos entonces que no es exacto decir en términos generales que la cultura es en sí misma un fenómeno represivo. Lo que sí resulta indiscutible es la represión de umas formas culturales por parte de otras. Lo cultural no supone de por sí una negación, un rechazo o represión de lo natural. Si así fuera no quedarían esperanzas de liberación. La lucha por un porvenir diferente sería algo absolutamente estéril. Nada se podría hacer para que las cosas funcionaran de manera distinta a como han funcionado hasta el presente. El "mal" sería incurable: estaría en la condición misma del ser humano. No es una providencia fatal la que ha determinado que las relaciones sociales de producción sean alienantes y represivas. Si el trabajo humano, desde la agricultura hasta el arte, es objeto de usurpación, no lo es por un determinismo insuperable. Al contrario, se trata de crear, de inventar (siempre en el interior de lo cultural) las formas de liberación y de superación que permitan unas nuevas relaciones de producción, una modalidad distinta del trabajo, unas formas superiores de la existencia.

La capacidad inventiva se halla pues, esencialmente ligada a ese espacio que hemos denominado "lo cultural". Este espacio se hace posible gracias al encuentro entre la potencia simbolizadora (el trabajo pensante) del cerebro humano y las demás formas de la naturaleza. Coincidimos en pensar con alguien que "el cerebro humano es la obra más maravillosa que ha producido la naturaleza", una obra que tiene el poder de trascender y de explicar los fenómenos que se dan dentro del "orden natural". El espíritu humano, el trabajo pensante se mueve en cada una de las prácticas culturales dejando de ser solamente un lugar-determinado para convertir-se en un lugar-determinante. Este poder de determinación del pensamiento es lo que permite la posibilidad de los inventos. Los sistemas políticos son inventos. También lo son los sistemas de moral. Inventos sin lugar a dudas.

Esto es: no obedecen a determinismos naturales. No son cosas que estaban previamente ahí y que lo único que se hizo fue correrles el velo que las encubría.

Quede claro entonces lo siguiente: la cuestión del nuevo mundo es, ante todo, un asunto de invención. Esto no significa que se pretenda desconocer lo hasta ahora descubierto y también inventado, pero lo que no quiere decir, en ningún caso, es que se paralice la acción inventiva por lo decepcionante de un pasado o de un presente. Pero, qué es el nuevo mundo? Qué es lo propiamente designado o designable bajo esta expresión? "Nuevo Mundo". En su acepción más trivial es: 1º) Un pedazo de tierra, el continente americano, descubierto hace pocos o muchos siglos. En tal sentido puede ser muy viejo o tan viejo como cualquier otro. Si hablamos así, en lenguaje geográfico, diríamos que nada nuevo hay en el "nuevo mundo". El término puede designar también: 2º) Los habitantes de ese continente. Pero ellos como tales no hacen más que estar ahí. No habría por qué inventarlos. Se reproducen como cualquier otra especie viviente. O acaso "nuevo mundo" pueda significar: 3º) Una nueva interpretación de la existencia humana que permita unos modos de sentir, de pensar y de actuar diferentes, con relación a este continente. Se trataría de una cultura propia. O tal vez la expresión sea más universal: 4º) La interpretación de un nuevo estado de humanidad, tomando a la especie humana en su conjunto. No se trataría de una visión continentalista, o parcialmente continental (America Latina). Si decimos a modo de invitación o de imperativo "hay que inventar el nuevo mundo", rápidamente nos percatamos de que este enunciado no es aplicable a los dos primeros sentidos mencionados: geográfico y étnico. Se aplicaría solamente al 3º) en sentido restringido y al 4º) en sentido amplio: hay que crear una nueva historicidad de la cultura. Para qué? Por qué razón, si la humanidad cuenta con una tradición cultural milenaria? Si los inventos de una u otra índole apenas si se pueden ya inventar? Su sola enumeración es abrumadora, y hay más de un invento que solo causa decepción. Para qué más? Estas preguntas constituyen de por sí un síntoma de decadencia, un cierto cansancio en la búsqueda. Solamente aquellos que no sientan esta fatiga podrán plantearse con nuevos bríos el desafío: hay que inventar el nuevo mundo! Sabrán que hay que crearlo a pesar de todo. Es la obra fundamental, es la poética más decisiva para nuestra historia. Y la continuación de su novedad es algo que sin poder inventivo no se puede lograr. Pero entonces hay que tener el valor de no esclavizarse por la transparente verdad de un pasado o de un presente. Hay que intentar sobrepasar el tiempo ya ocurrido. Sobrepasar significa todo, menos disimular o desconocer la historia. La peor manera de inventar el nuevo mundo es pretendiendo desconocer su historia. Sin embargo, la abrumadora realidad de esa historia no puede constituir el motivo (la justificación) para no superarla. Nada tan peligroso como el positivismo

histórico: "Eso hemos sido. Eso somos. Qué más puede esperarse de nosotros ? ". El positivismo con su innegable verdad termina por hacernos perecer en ella. Nos ahoga la verdad misma: la ciertamente honesta verdad de lo que hemos sido. Ese positivismo actúa al modo de un fatalismo pesimista. De ahí la pregunta absolutamente consecuente: "Qué más puede esperarse de nosotros ? " Según eso, con relación a nosotros mismos, no podremos esperar nada, o a lo sumo podremos esperar lo mismo. Y cosa parecida, o mucho menos, podrán esperar los otros de nosotros. Es necesario que otros modelen nuestra historia. Y al buscar desesperadamente al otro, perdemos nuestra posibilidad de identidad. Lo exterior invade nuestro propio interior. No nos integramos en lo universal, sino que desaparecemos en lo universal. Tal ha sido en gran parte la historia de los pueblos, incluido el nuestro.

Quién inventará entonces el nuevo mundo ? Los historiadores en su profesión como tal no inventan el mundo. Entre otras cosas sería una falta de honestidad intelectual y de desacierto metodológico. No es a ellos a quien está encomendado inventar el mundo. Ellos nos lo descubren, nos dicen su verdad, incluyendo las mentiras históricamente dadas; nos pueden incluso predecir lo que va a ocurrir. Predecir, pero no inventar. Podrán lograrlo en la medida en que apliquen procedimientos científicos adecuados. Los científicos historiadores cumplen con su misión, necesaria y excelente, de decirnos cómo ha sido el mundo en sus regionalidades específicas. No podemos, sin embargo, demandarles, ni mucho menos exigirles que nos digan cómo podría ser. Cabe pensar por un momento que lo importante es atenerse a los hechos, a su escueta verdad y no tanto perder el tiempo pensando en cómo podrían haber sido las cosas o en cómo podrían serlo después. Con relación al pasado y, en gran parte, al presente, el asunto parece no admitir discusión. "Lo hecho, hecho está". Ya hace parte de lo fatal. Y en cuanto al futuro lo mejor sería guiarse por lo que se sospecha que va a ser, según conocimientos objetivos. Bastantes utopías, algunas de ellas desastrosas se han tejido ya ! La república ideal de Platón, por ejemplo, dónde ha tenido lugar ? El reino de los cielos, cualquiera sea su diseño, si se entiende como algo prometido después de la muerte, exige morirse para poder lograrlo; y si se entiende como algo alcanzado ya, hay que anesthesiarse fuertemente para dejar de percibir el mal que aún nos sigue mortificando. Lo mismo se diría ante cualquier otra utopía, por bella que se presentara. Bastan estas breves reflexiones para que nuestro sentido de la realidad, para que nuestra voluntad de verdad se afiance todavía más. "Somos lo que somos" y esto en cualquier dimensión temporal. No obstante, alguna inquietud permanece. Sabemos o intuimos quizás oscuramente que el modo de evaluar un pasado no es del todo indiferente para el comportamiento real de un presente o para sus determinaciones futuras. Así, en el hecho evidente de la criminalidad

ocurrida en el pasado y justificada como algo "positivo" o "necesario", se está reforzando su continuación queriendo buscar en "los hechos" un argumento a su favor. Por el contrario, hacer una condena de un hecho, aunque sea pasado, ¿no es acaso un modo de negar su posible repetición en el presente? Y desde este punto de vista, no es exactamente perder el tiempo. Sucede con frecuencia que no solo pensamos cómo podrían ser las cosas en un futuro (lo que tampoco es indiferente para el presente) sino incluso en cómo podrían haber sido las cosas que irremediamente ya fueron. Esto se manifiesta en las más sencillas vivencias cotidianas. Decimos con cierta nostalgia y a la vez con seguridad: "Esto hubiera podido ser así". Y comienzan a surgir los condicionales: "si...". Cuando nos pronunciamos de este modo, a pesar de tratarse de algo ya pasado, próximo o lejano en el tiempo, no lo hacemos "por hacerlo". Hay algo más. No es la simple inutilidad de una queja fallida, de un imposible contrafáctico. Lo que se quiere expresar es una voluntad de que las cosas no se vuelvan a repetir o, en caso de repetirse, de que se siga luchando para que no continúen así. Se da una voluntad de ruptura. Y esta voluntad en proporción a su fuerza real, es ya un inicio creador, un deseo de sobrepasar los hechos, lo ocurrido, lo ya significado y sentido.

La pregunta acerca de cómo podrían ser las cosas no es, pues, una pregunta inútil, aunque sea una pregunta ciertamente no pertinente para el historiador. Hay que conocer sí la historia, pero hay que destruirla, no en el sentido de tergiversar su conocimiento objetivo, su verdad, sino en el sentido de superarla creando nuevas formas con base en lo realmente acontecido y en la capacidad inventiva del pensamiento. "Cómo podrían ser las cosas" (inventar el nuevo mundo) podrá parecer entonces una cuestión de moral. Se trataría de saber "lo bueno", "lo deseable" para la sociedad presente y futura. Sin embargo, el asunto no es solamente de moral, al menos en el sentido restringido en que corrientemente es tomado este término. La invención de un nuevo mundo es un proceso complejo que implica la intervención no solo de "pensadores" en el campo de la filosofía o de la antropología, sino de pensadores-trabajadores en todos los campos. La construcción del nuevo mundo es, en general, un asunto axiológico, imaginativo-teórico-práctico en que están implicadas todas las manifestaciones de lo cultural. Es una acción conjunta que implica replantear (repensar y redefinir) las invenciones históricamente dadas hasta el presente en materia económica, política, educativa, técnica, científica, religiosa, artística, mítica, entre otras. Es un trabajo que no necesariamente implica continuidad en todos los casos, como tampoco absoluta discontinuidad. Habrá necesidad de rupturas, de destrucciones, pero también de recomienzos. De qué dependerán los criterios para lo uno o para lo otro? Cómo poder saber y hasta cierto punto garantizar de antemano que no estamos condenados una vez más a la eterna tarea de

Sísifo ? Cuáles deberían ser los principios en que se fundamente nuestra identidad o nuestra diferencia? Qué jerarquía de valores crear y adoptar? Todas estas preguntas hacen parte del problema planteado: inventar el nuevo mundo. No son ajenas al mismo. Y no se resuelven de una vez para siempre. Lo cierto es que, hablando de nuestro caso, el caso de América Latina, cada día se va sintiendo más la fuerza de un preguntar, la necesidad no sólo de buscar y consolidar una identidad propia, sino de crear una nueva alternativa para interpretar el mundo en que quizás otros pueblos se sientan identificados. Parece ser que la monstruosidad de la razón con todas las consecuencias históricas a que ha dado lugar sea un injerto con muy pocas probabilidades de prosperar en nuestro clima. Y no es que carezcamos de razón o que denigremos de ella o que seamos simple fauna y flora como pretendiera más de un pensador occidental. No es eso. Lo que ocurre es que aquí no se ha podido extinguir del todo la Magia (en el excelente sentido del término: como Aquello que está más próximo a la vida y por eso mismo la respeta y promueve) y es dentro de ella, dentro de la afirmación de la naturaleza más vital como se podrá afirmar todo lo demás. Sentimos muy cálida y próxima la presencia del nuevo Zaratustra, su Aguila, su Serpiente y su Palabra. Ante todo la Vida, luego el Arte que afirma la Vida y seguidamente la Ciencia que afirma conjuntamente el Arte y la Vida. Otra ciencia no nos interesa. Ni tampoco otra política. Por lo demás nadie puede afirmar la Vida cuando cree poder negarla en otros. Nadie puede afirmar el Arte cuando reniega de la mentira, o cuando cree que la única verdad es la verdad científica. Y nadie puede afirmar la Ciencia cuando simplemente quiere reproducir las teorías ya inventadas o quiere utilizarlas para sobreexplotar la proporción y la belleza del orden natural. La ciencia misma es producto de la invención. Lo demás es aprendizaje. No es simple coincidencia que los grandes científicos sean a la vez artistas o, al menos, apasionados por el Arte, y grandes defensores de la vida. Los griegos, que tenían una concepción distinta del mundo a la que hoy quiere imponerse, no crearon una dicotomía entre la ciencia y el Arte. Fue solo a partir de Sócrates, con su obsesión por la verdad a toda costa, como se comenzó a desconfiar del Arte. Sigue luego su exclusión de la Ciudad Perfecta, a la que se debe, en mucha parte, el lugar marginal que ha ocupado a lo largo de la historia. La subvaloración del Arte no podrá ser un atributo del nuevo mundo que se busca. Terminemos entonces este ensayo haciendo una breve apología del Arte. Sabemos que el Arte es una práctica cultural tan antigua como la existencia del hombre. Se trata de una práctica donde la creatividad pensante alcanza enormes y sublimes proporciones. Como tal, el Arte no reprime ni niega la naturaleza, a no ser por las demandas de uno u otro sistema de poder. Y la razón de la desconfianza frente al Arte proviene de esos mismos sistemas, acostumbrados ya a su verdad y a su privilegio. De algún modo se ven

amenazados por el inmenso espacio de ficción que genera la creatividad artística. Pues el Arte, como cualquier otra práctica cultural, tiene su propio poder. Solo por una metonimia abusiva se confunde poder con poder político o con poder represivo. Ese poder del Arte es el de mentir al mundo, decir lo que es cuando hay un interés en mantenerlo oculto, contradecir lo que es cuando su presencia nos es demasiado pesada, transgredir lo real, anunciar lo posible, construir, "arar la tierra de la nueva humanidad", rescatar el derecho a la utopía, a lo que aún no es... Todo esto no deja de inquietar, de crear un elemento de inestabilidad, quizás de peligro y de caos. Así como la ciencia es subversiva a pesar de ella misma, o mejor, a pesar de ciertos científicos, el Arte también lo es. No sería el poder de subvertir los órdenes existentes lo que opondría a la ciencia y al Arte. Al contrario, eso los une. Tampoco podemos cifrar la diferencia entre el Arte y la ciencia por lo que a la Razón se refiere. Despojar al Arte de racionalidad, de capacidad pensante y reveladora del mundo, es reducirlo a su propia negación. Todo Arte implica una racionalidad, un elemento teórico y conceptual. Pero no se detiene ahí, sino que quiere envolver en su integridad los sistemas de percepción, de representación y de emoción propios del hombre. Lo artístico es el espacio donde la pluralidad de sentidos, la conotación y la más diversa simbolización se hace posible. Característica del Arte es: decir lo que es o lo que no es bajo la forma de la múltiple subversión. Lo que fundamentalmente el Arte subvierte es el exceso de racionalidad, el sentido desmesurado de lo real, la unidimensionalidad de la significación, la tendencia a hacer de lo que es orgullosamente natural y humano, una monstruosidad espiritual. Por su proximidad a la vida, el Arte impide que la hormiga humana presuntamente se convierta en espíritu puro. En tanto impulso vital, el Arte es capaz de transformar el mundo, de hacerlo habitable, pero no por fuera del sentido de la tierra, no en el reino de una supuesta inteligibilidad pura. A este gesto lo denominamos "estético", ámbito de la sensibilidad, bella o fea, placentera o dolorosa. Aún la demanda religiosa del Arte, por ejemplo la demanda cristiana, particularmente notable en la época medieval, no puede prescindir de dotar de carne y hueso, de figura humana, a sus invisibles dioses, como si de este modo las creencias se hicieran singular y eficazmente seductoras. El Arte es poético, constituye una forma de la capacidad poetizante, como también lo posee la ciencia o la técnica. El poder poético es igualmente un atributo de la naturaleza. No obstante, la diferencia entre la fuerza poética de la naturaleza y la fuerza poética de la cultura, radica en el modo como se trae a la presencia lo que antes permanecía oculto o sencillamente no existía. Las fuerzas poéticas naturales llevan su pujanza en sí mismas. Todo lo que llega a ser objeto de la producción cultural, en cambio, tiene su impulso en algo distinto de sí mismo, a saber, en el trabajo pensante del hombre. El pensamiento trabajador es el fundamento de la verdad que se descubre o que se inventa. El nuevo mundo encontrará toda su fuerza poética precisamente ahí: en la invención.